

***Entrevista con Padre Ángel Pérez-Brown***

**¿Cuál ha sido su experiencia con la Eucaristía?**

Cuando era niño, mis padres no iban a la Iglesia. Sin embargo, fui bautizado cuando tenía 20 días. Mi primera Comunión y Confirmación fueron apresuradas porque eran parte del programa de la escuela católica a la que asistía. Debido a esto, estuve alejado de la Iglesia mientras crecía. Me invitaron a unas catequesis del camino Neocatecumenal (un grupo que se enfocaba en la iniciación cristiana) y luego comencé a ir a la Iglesia. Recuerdo que después de un tiempo comencé a tomar más en serio mi relación con Dios, ya que inicialmente asistía a la Iglesia principalmente por razones sociales (me gustaba pasar el rato con los jovenes de mi edad y quería tener una novia). Luego 2 años después comencé a tener dudas sobre si debiera recibir la Comunión porque no creía que la hostia y el vino fueran realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Seguí adelante pero no tomé la Comunión. Alguien se dio cuenta y me preguntó por qué no comulgaba. Le dije por qué no comulgaba y el me dijo que me confesara, que siguiera comulgando aunque no creyera pero que le pidiera a Dios que me iluminara sobre su Presencia. Un par de semanas después, cuando el sacerdote dijo: “Esto es mi cuerpo”, me vino a la mente un pensamiento: Dios hizo el universo mediante Su Palabra y ahora dice: “Esto es mi cuerpo”. Si no creo en la presencia real, no debería creer en nada más. Entonces estaba 100 % convencido de que Dios estaba en mis manos; mis pecados vinieron a mi mente y me sentí indigno y comencé a llorar. ¿Cómo pudo Dios tener tanto amor por mí como para venir a mí? Mi relación con Jesús en la Eucaristía cambió para siempre. Muchas veces he sentido que Dios me habla a través de la Eucaristía.

Años más tarde, ya como seminarista, fui a la Misa en Texas. El sacerdote que presidía pronunció una homilía decente, pero se apresuró durante la Misa. No me gustó la forma en que colocó los objetos en el altar. Lo juzgué por no ser pastoral, sino que me pareció que simplemente cumplía con un deber. Cuando desperté de mis pensamientos estaba recibiendo la Comunión. Hizo clic; yo estaba prestando atención a las cosas equivocadas. Tenía mi forma de ver las cosas, pero luego me di cuenta de que aunque las cosas no sean como me gustaría que fueran, Dios está presente y eso es lo único que importa. Sigo creyendo que está mal dar la Misa aprisa o con la estola fuera de la casulla, pero fue una Misa válida y por eso Jesucristo estaba presente.

Luego, como sacerdote durante el Covid, me conmovió el hecho de que cuando muchas personas se enteron de que íbamos a celebrar la Misa, conducían horas para venir aquí a recibir la Eucaristía. Venían de Wyoming, Denver, Colorado Springs, etc. Recibir la Eucaristía era tan importante para ellos como lo era para mí.

**¿Cuál es su milagro eucarístico favorito?**

Me conmueven los santos de África a quienes se les preguntó: "Si sabíais que os mataríamos por venir a la Eucaristía, ¿por qué vinisteis?". Ellos respondieron: "porque no podemos estar sin ella".

Mi milagro favorito es el que involucra a un sacerdote que no creía que la hostia se convertiría en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Mientras celebraba la Misa, durante las palabras de consagración, la hostia se hizo carne y sangró ante sus propios ojos. La hostia aún se conserva.

**¿Qué mensaje le gustaría dar a sus feligreses?**

Me gustaría que todos tuviéramos una experiencia de amor en la Eucaristía- no sólo una experiencia emocional, no buscando lágrimas ni nada fabricado con nuestro propio esfuerzo, sino una certeza de que Dios está aquí y que está aquí amándome aunque no lo merezco. La experiencia que tuve me ayudó a hacerme sacerdote. No tengo la misma experiencia en cada Misa aunque desearía tenerla. Sin embargo, sé que en cada Misa Él está presente y tenemos la oportunidad de estar unidos a Él en su paso de la muerte a la vida. Creo, en efecto, que la presencia real de Jesús no es una mera realidad estática destinada únicamente a la contemplación, sino más bien una fuerza dinámica que nos lleva de nuestra muerte espiritual, debida al pecado, a la vida eterna con el Padre; del odio y la división al perdón y la comunión, de un lugar de juicio y condenación a la misericordia y la justificación, de un lugar de soledad y desesperación a la certeza del amor de un Dios que elige bajar a nosotros para llevarnos con Él para siempre.